

JESÚS: ¿QUIÉN DECÍS QUE SOY YO?

24 de Agosto de 2014

Evangelio según MATEO 16, 13-20

Al llegar a la región de Cesarea de Filipo, Jesús preguntó a sus discípulos:

-¿Quién dice la gente que es el Hombre?

Ellos contestaron:

-Unos que Juan Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías o uno de los profetas.

Él les preguntó:

-Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?

Simón Pedro tomó la palabra y dijo:

-Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo.

Jesús le respondió:

-¡Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás! Porque eso no te lo ha revelado nadie de carne y hueso, sino mi Padre que del cielo. Ahora te digo yo:

Tú eres Piedra y sobre esa roca voy a edificar mi comunidad y el poder de la muerte no la derrotará. Te daré las llaves del Reino de Dios; así, lo que ates en la tierra quedará atado en el cielo, y lo que desates en la tierra quedará desatado en el cielo.

Y prohibió terminantemente a los discípulos decirle a nadie que él era el Mesías.

⋈⋈ ⋈⋈

No es fácil intentar responder con sinceridad a la pregunta de Jesús: «¿Quién decís que soy yo?». En realidad, ¿quién es Jesús para nosotros? Su persona nos llega a través de veinte siglos de imágenes, fórmulas, devociones, experiencias, interpretaciones culturales... que van desvelando y velando al mismo tiempo su riqueza insondable.

Pero, además, cada uno de nosotros vamos revistiendo a Jesús de lo que somos nosotros. Y proyectamos en él nuestros deseos, aspiraciones, intereses y limitaciones. Y casi sin darnos cuenta lo empequeñecemos y desfiguramos, incluso cuando tratamos de exaltarlo.

Pero Jesús sigue vivo. Los cristianos no lo hemos podido disecar con nuestra mediocridad. No permite que lo disfracemos. No se deja etiquetar ni reducir a unos ritos, unas fórmulas o unas costumbres.

Jesús siempre desconcierta a quien se acerca a él con postura abierta y sincera. Siempre es distinto de lo que esperábamos. Siempre abre nuevas brechas en nuestra vida, rompe nuestros esquemas y nos atrae a una vida nueva. Cuanto más se le conoce, más sabe uno que todavía está empezando a descubrirlo.



Jesús es peligroso. Percibimos en él una entrega a los hombres que desenmascara nuestro egoísmo. Una pasión por la justicia que sacude nuestras seguridades, privilegios y egoísmos. Una ternura que deja al descubierto nuestra mezquindad.

Y, sobre todo, intuimos en él un misterio de apertura, cercanía y proximidad a Dios que nos atrae y nos invita a abrir nuestra existencia al Padre. A Jesús lo iremos conociendo en la medida en que nos entreguemos a él. Solo hay un camino para ahondar en su misterio: seguirle.

ELIMINANDO ESCOLLOS

Es fácil percibir que en la convivencia social el número de escollos a salvar es grande. Los escollos económicos que dividen el mundo en dos zonas cada día más desiguales; los escollos afectivos que hacen la convivencia entre las personas harlo difícil; los escollos políticos que siembran falsas concepciones sobre la historia y la persona de consecuencias tremendas para las relaciones entre los pueblos. La tarea del Evangelio es humanizar. Por eso, puede decirse que uno de sus afanes es ir eliminando esos escollos para que se abra expedita la senda de la fraternidad.

Trabajos ingentes. Son los que realizan quienes quieren eliminar escollos en la convivencia social. Trabajos ingentes, y con frecuencia mal pagados, como los trabajos de toda profecía. Son los esfuerzos de quienes creen en el diálogo y lo fomentan en foros de escaso logro pero de gran carga utópica; son los esfuerzos, casi inapreciables pero valiosos, de quienes se esfuerzan en abrir los herméticos mercados del primer mundo a los productos que vienen del mundo de las pobrezas; son también los intercambios, de personas, de ciencia, de espiritualidad, que provienen de mentes abiertas y universalistas. Todos ellos son, sin duda, trabajos de Evangelio.

La Iglesia se define ante el mundo en el Concilio como signo del amor del Dios de la vida para el hombre actual, sobre todo, para los pobres y los que sufren. He aquí un gran reto: ¿Cuál podría ser el perfil eclesial que le capacitase ser signo del amor de Dios a nuestro mundo? Un mundo caracterizado por ser idólatra; actitud mucho más preocupante que el ateísmo e incluso que la indiferencia. Actitud, que es todavía más funesta y peligrosa, cuando se reviste con ropaje religioso. «Hijitos, guardaos de los ídolos», nos dice san Juan. El ídolo puede ser cualquier cosa que en el corazón ocupa el lugar de Dios a la hora de la verdad. Digo a la hora de la verdad, porque solemos hacer profesión de fe, e incluso afirmar que es Cristo el centro de la vida, cuando en realidad lo están ocupando otras cosas, ya que el ídolo puede ser una persona (culto a la personalidad), una idea, una verdad, incluso de fe, una función, una institución, etc. Los frutos de los ídolos, y por ellos los conoceréis, son frutos de muerte.

No, no está mal protestar contra la Iglesia cuando se le ama; el mal está en criticarla poniéndose fuera, como los puros. No, no está mal lanzarse contra el pecado y las cosas feas que vemos; el mal está en cargárselas a los otros y en creerse inocentes, pobres y mansos. Este es el mal.

CARLO CARRETTO



PARA REFLEXIONAR

- ¿Quién es Jesús para ti?
- Enumera algunos escollos que consideres importantes para la convivencia social.
- Necesitamos compartir la fe en una comunidad o somos cristianos por libre?

